

magestad á entablar con el rey de Prusia una negociacion saludable á la Francia. Ya no sois austríaca : sois esposa del que reinó sobre nosotros y puede reinar todavía ; y en fin , puesto que sois madre , me valdré de la voz de este niño tan amable para llegar á vuestro corazon.

Ah , señor de Fermont ! me dijo Antonieta reprimiendo los suspiros : ; cuánto predominio tiene Vd. sobre mí ! y cuánto me pesa de ser tan dócil ! Bien , señor , continuó hablando con su esposo ; hacéd que resalte mas la ingratitud de los rebeldes con vuestra bondad ; escribid al rey de Prusia , ya que lo quieren ; y preparád á los verdugos el indulto que pagarán sin duda con nuevos atentados. No importa , dijo el rey , habré cumplido con mi deber. Soy frances no ménos que monarca ; y en cualquiera calidad que obre , debo echar el resto para alejar

los enemigos de mi país. — Luis se metió en una torrecilla que le servía de gabinete , y estendió la carta , cuya copia es la siguiente.

CARTA DE LUIS XVI

AL REY DE PRUSIA.

(*Documentos justificativos, núm. 8.*)

« He sabido con sumo disgusto , primo mio , la entrada de V. M. en el reino de Francia , y los triunfos que alcanzan diariamente vuestras tropas sobre las francesas. La injusticia , de que soy víctima , nó me ha desnaturalizado de mi patria : la amo tiernamente , y no puedo ver sin pesar que la tratéis como enemiga. Si intentáis desagraciarme , os lo estimo y agradezco ; pero debo deciros , primo mio , que yo no he pedido semejante fineza. El que

yo quede sacrificado por las facciones, ó derribado por el consentimiento público, es asunto mio. En el primer caso moriré mártir, y los corazones verdaderamente franceses me llorarán, aun cuando no se reúnan para salvarme, como debo esperarlo. En la segunda suposición, ¿os corresponde por ventura el dictar leyes á un pueblo extranjero? Si yo me convengo, ¿os debéis mostrar mas zeloso que yo apesadumbrado?

El modo libre y desenfadado con que hablo á V. M., debe demostrarle, que en medio del arresto conservo la libertad del alma, y la empleo para rogaros encarecidamente, alejéis del territorio frances vuestros ejércitos triunfantes. Hay algunas interioridades que no deben encomendarse al papel; pero el sujeto encargado de entregaros este pliego, lo está igualmente de comunicaros mis intenciones particulares. Su-

puesto que habéis tomado posesion en mi nombre de la plaza de Verdun, espero tendréis la bondad de cumplir con el primero de mis deseos, intercediendo con S. M. el emperador, para terminar una guerra funesta, y restablecer la tranquilidad en Europa. Entre tanto ruego al Señor, primo mio, conserve y haga reinar larga y felizmente á V. M.

Firmado : Luis.

Fecho en la torre del Temple, en Paris, 9 de setiembre de 1792. »

Esta carta no llenaba los deseos y la esperanza de Manuel; pero en la crisis actual podía ser muy provechosa: por tanto no pidió mas, y yo quedé enteramente satisfecho, pues la miraba como un medio que ayudaría á rebajar las pretensiones de los conjurados, y á

mejorar en mucho la suerte de los presos.

Al disponer este mensaje, la intencion del rey, como él mismo lo apuntaba, había sido confiarse á una persona recomendable y segura. Se trató de nombrarla, y Manuel advirtió que para hacer frente á cuanto pudiera sobrevenir, había de ser del agrado de su magestad y del aprecio del rey de Prusia, sin desmerecer el concepto de los republicanos. El señor de Maleshérbes llenaba las medidas en todo; pero su ancianidad era un obstáculo insuperable. Indiqué otro, que mereció la aprobacion, y cuyo nombre no es preso, aunque honra en el dia uno de los primeros cargos del estado. El resultado de las negociaciones que entabló con el rey de Prusia, acreditó su sabiduría, como la conducta que siguió y está siguiendo, demuestra su patriotismo. Es uno de aquellos pocos

hombres, que ajenos de todo partido, han sobrevivido á la destruccion general, y así en la república como en la monarquía, siempre han tenido el corazon frances. Este elogio parecería muy escaso, si me fuese lícito nombrar el sugeto.

Despues de esta conferencia pedí al rey el favor de presentarle mi alumno; y como buscaba la respuesta en los ojos de la reina, Manuel se adelantó atentamente á asegurarle, que podía manifestar su ánimo con toda libertad. Antonieta se aprovechó de este agasajo, para decirme, que el rey y ella verian al lord Fitz-Asland con satisfaccion, y quedamos aplazados para el dia siguiente.

En aquel mismo recibió el encargo para la embajada de Champaña las instrucciones verbales del rey; pero como nadie intervino, ni aun la reina, cuya curiosidad supo burlar

Manuel, no referiré su pormenor, que saldrá á luz sin duda el día de las revelaciones.

Era yo depositario, como dije, de una carta de Antonieta para Toulan, que capitaneaba el partido de los realistas. Fuí á buscarle, y me descubrí con él. En extremo satisfecho de oírme, correspondió á mi confianza, manifestándome con toda sinceridad su corazón. Toulan era un jóven de mucha cortesanía y amabilidad, y á poco rato comprendí que estaba prendado de la reina, como ella lo había insinuado. Amante, mas bien que realista, y con el corazón encendido y el cerebro acalorado, no veía en el objeto de sus ansias, sinó una muger hermosa, encantada por el ensalmo de algun espíritu maligno, cuyo poder iba á contrastar. Su imaginacion fogosa y arrebatada había ido á parar á los siglos caballerescos, en que las beldades ge-

mían en un castillo, esperando el favor y amparo de algun cortes y valiente caballero. Tan desinteresado como animoso, no quería en premio de los servicios que hacía á Antonieta, sinó el honor de haberla libertado. Por lo demas había concebido con magnanimidad el proyecto, lo seguía con teson, y juraba desempeñarlo con esfuerzo. Entre todos sus secuaces no había uno, que, fuera del motivo general de su apego al régimen antiguo, no se hubiese determinado por algun interes particular. El uno por medrar, el otro por mantenerse, cuál por inclinacion á las tramas, cuál por la ambicion de los honores, y el menor número por el deseo de la gloria, ó para hablar con mas propiedad, por la vanidad de la nombradía. No estrañé, ni llevé á mal este egoismo, pues al cabo en todos los lances de la vida es el móvil mas poderoso y eficaz, porqué identifica á

los individuos con los sucesos, haciendo de una causa común que interesa poco, un negocio personal que mueve sobre manera.

Toulan, que á toda hora llevaba por escrito la razon del estado de su empresa, me leyó los últimos apuntes, para demostrarme que estaba muy inmediato el desenlaze. Entre los medios que él y los demas caudillos habían empleado, el que además del reparto del dinero les había surtido mejor efecto, era la publicacion de papeles sueltos y escritos periódicos. Mas por no estrellarse con la autoridad dominante, no habían estendido ninguno por Paris, y solo habían interesado algunos departamentos occidentales á favor de los presos. Debo tambien hacer á Toulan la justicia de decir, que el amor, que le había embelesado el espíritu, no le había estragado el corazon, pues amaba sinceramente á su país, y

no estaba en ánimo de favorecer á los estrangeros, que solo anhelaban la destruccion de la Francia. Cuando en medio de la conversacion vino á saber que yo era irlandes, me costó mucho probarle, que no era su enemigo, y dejarle satisfecho de la rectitud de mis intenciones. Preguntéle qué opinaba de Manuel, de Petion y de todos los que componían el partido, en cuyos misterios se me había admitido. Me respondió: Son hombres de bien, si cabe en los ambiciosos el serlo. Desprecian al rey, detestan á la reina, cuyo carácter se les hace temible, y quisieran, sin derramamiento de sangre y sin turbulencias, separarlos para siempre de los negocios. No profesan los principios abominables de esos trastornadores; pero como tienen talento, grandes virtudes y buen crédito, son otro tanto mas de temer. — Quise averiguar, si estaba enterado de su con-

juracion ; pero vi que ignoraba que la hubiese, y que los juzgaba solo por sus principios , acciones y palabras bien notorias ; y yo no creí deberle decir lo que sabia.

Despues de habernos aplazado para avistarme con los principales de su trama, dejé á Toulan , y me marché á cavilar sobre los medios de reunir y hermanar entrambas conjuraciones ; pero profesaban unas máximas tan encontradas , y se encaminaban á un objeto tan diverso , que no se me hacía aseguible el conciliarlas. La reina por sí sola presentaba mas obstáculos que la familia entera : Toulan reunía sus fuerzas y facultades por ella , y contra ella se armaba principalmente Petion y su partido. En una desavenencia tan terminante , ¿ cómo se había de hallar ni un pretexto siquiera para la menor composicion ?

Sin embargo , á fuerza de insistir ,

vine á juzgar que del obstáculo mismo saldría el medio de superarlo , si la reina amaba con bastante sinceridad á su esposo y á su hijo. Con el imperio absoluto que ejercía en Toulan , podía determinarle á hacer por estos lo que intentaba hacer por ella. Renunciando así voluntariamente al boato del Gobierno y al embeleso de la ambicion , facilitaba la alianza y hermandad de los dos partidos , cuyo objeto venía á ser idéntico , y que solo variaban en algunas particularidades.

Pero ¿ quién tomaría á su cargo el entablar con la altanera Antonieta semejante negociacion ? Fuí interiormente haciendo reseña de varios sujetos , y ninguno por una ú otra razon me parecía á propósito. Fijéme al fin en la tierna y generosa Isabel , que ponía todo su esmero en olvidarse á sí misma , para no cuidar sinó de los demas. En la corte había sido un modelo

de bondad, y en el Temple lo era de sufrimiento y de resignacion. Devota sin supersticion, filósofa sin desabrimiento, era tambien sabia sin querer parecerlo. El estudio y la amistad eran su dicha: su beneficencia en los dias de prosperidad aliviaba á los necesitados; pero en la prision no le quedaba mas tesoro que el de su corazon, para socorrer á sus hermanos y sobrinos. Por tanto conté con ella sin mas deliberaciones.

Hubo algunas dificultades que fueron retardando la entrada de mi alumno en el Temple. Con la seguridad de ser presentado, no podía contener su gozo y sus arrebatos; pero á fin de no dar cabida á los rezelos, ni comprometer al síndico, debía seguirmos en traje muy sencillo, aparentando ser un dependiente de la secretaría. Temía yo que su atolondramiento me hiciese arrepentir de mi condescen-

dencia; mas á la primera insinuacion me protestó, haciéndome mil cariños, que sabría acomodarse al lenguaje y modales adecuados al lugar y circunstancias.

Mi alumno, sin que sobresalga por su gallardía ó hermosura, no deja de tener una fisonomía agradable, que da muestras de su agudeza natural; y sabe realzar con el adorno y el aire de su porte las calidades físicas de que la naturaleza le ha dotado. Me detengo en esto, por el influjo y las consecuencias que tuvo. Entónces hice poco alto en estas particularidades, y solo por recuerdo puedó decir, que si bien se desentendía de la riqueza de su traje, ponía el mayor esmero en su hechura.

Apénas entramos en el cuarto del rey, donde estaba reunida toda su familia, el jóven lord llamó la atencion de todos. Le presenté á sus magestades, al príncipe y á las princesas, que le

agasajaron con el mayor agrado, y aun advertí que la reina había templado la altanería de sus miradas, y suavizado el eco de su voz para hablarle. Mi alumno estaba en sus glorias: su atractivo era tanto mas halagüeño y reparable, por la contraposición de una cárcel llena de mozos descorteses y de guardias desatentos.

Aun en presencia del rey, de Manuel y del ayo, las damas le hicieron un sinnúmero de preguntas. Las de Antonieta le dejaban á veces casi cortado, por el tono con que las decía: madama Isabel, no ménos afable, pero mas tímida, procedía con mas reserva, y la jóven María Teresa contemplaba á Edwino con ademán de admiración.

El síndico se aprovechó de aquella distracción, para instar de nuevo á Luis XVI á que aceptase el proyecto. Las cosas han venido á tal estremo, le

dijo Manuel, que quizá este es el único medio de asegurar vuestra salvación. Si la Convención se junta, y los alborotadores predominan, ya no será la corona, sinó vuestra libertad, y acaso vuestra vida, la que dará que temer. No malgastéis en indecisiones un tiempo tan precioso: salvaos, y salvád al estado. — Luis aseguró que á la vuelta del enviado cerca del rey de Prusia, daría su respuesta definitiva.

Había yo tenido la prevención de entender brevemente la relación de mis conferencias con Toulan, y mientras Manuel las había con el rey, conseguí poner mi billete en manos de Antonieta. Me dió las gracias á media voz con una espresion de complacencia verdaderamente extraordinaria; y en medio de todo tenía los ojos clavados en mi alumno, quien por su parte los fijaba en la princesa: lo cual no dejó de causarme alguna zozobra.

Esta fué en aumento , cuando avisado por Manuel de que se acababa el tiempo de nuestra visita , tuvé que pedir una conferencia particular con madama Isabel. Retirámonos al hueco de una ventana , desde donde pude ver al rey engolfado con Manuel en una conversacion muy seria , y por otra parte á la reina hablando al oido con el lord , que siempre distraido se sonreía sin escuchar , y no tenía ojos sinó para María Teresa. Repito , que me puse cuidadoso.

Di cuenta en compendio á la hermana del rey de las conferencias que había tenido con la junta de la calle del Arbol seco y con Toulan. Le presenté las pretensiones de aquella y de este bajo su verdadero aspecto , y no me fué muy arduo el manifestarle que se oponían , ó por mejor decir , que estaban encontradas en todo. Pero al descubrirle el mal , no me fué difícil dar

con el remedio. Está , le dije , en el corazón y en la mano de la reina ; y si el honor de su esposo , el interés de su hijo y su propia gloria la mueven , no titubeará en emplearlo. Los franceses sabrán agradecer este acto heroico y desinteresado : hace tiempo , no hay que disimularlo , que no aman ni aprecian á la reina , á quien atribuyen todas sus calamidades : que adopte el partido propuesto , y se ganará todos los corazones. La autoridad real no será ménos sólida por quedar limitada ; el pueblo , á quien una libertad honesta agrada y conviene mas que las convulsiones del desenfreno , el pueblo será el primero en acabar con los tiranos que le adulan , descaminan y sacrifican. — Isabel gustó al parecer de mis principios y de mis ratiocinios , pues me respondió : Si no se necesitase mas que mi beneplácito , desde este punto nada quedaría que desear , y aun si no

se pidiese sinó el del rey, ningún obstáculo habría para alcanzarlo. Jamas se ha pagado mi hermano de la brillantez del trono, y nunca ha medido el decoro de su potestad por su estension: varias veces ha repetido que los reyes no deben ni pueden reinar bien, si no se conforman con la voluntad pública espresada por las leyes. Nunca pedirá, lo sé positivamente, una autoridad sin límites, sinó para hacer bien, y ninguna para hacer mal. Siempre le he acompañado en estos sentimientos, que ahora se nos han arraigado mas con las desgracias. Pero ¿cómo hemos de persuadir á la reina, que el sacrificio de su autoridad, de su grandeza, y sobre todo de su influjo es necesario? ¿No conocéis la altanería de esa casa de Lorena, que ha dado potentados á tantos tronos, y que domina hoy en el imperio? Será muy arduo el conaturalizar á una prince-

sa de Austria con la sencillez de la vida privada, y todavía se ha de hacer mas trabajoso el deshabituarla de sus ocupaciones políticas. Mi hermana lleva en el rostro y en el alma la magestad de un carácter elevado; pero al manifestar su espíritu, sale tambien á luz su engreimiento. Con todo su embleso natural, prefiere la gloria de estar mandando á la dicha de agradar. Suele olvidar que es muger, pero siempre tiene muy presente que es reina: si tal vez tiene á bien renunciar á su aparato ostentoso, es solo cuando su corazón está muy conmovido. Está Vd. pensando sin duda, señor de Fermont, que zahiero demasiado á mi hermana, favoreciéndola tan poco en su retrato. Delante de cualquiera otro y en circunstancias diferentes, tendría que suavizar, y suavizaría en efecto, los rasgos de estas verdades chocantes; pero cuando del resultado del gran negocio

que trae Vd. entre manos, depende la pérdida ó la salvación del estado, de un trono y de una familia, sería culpable, si encubriese la verdad. Fuera de esto, el orgullo que la reina ha sacado de la casa de los Césares, no la hace insensible á los vínculos de la sangre, al atractivo de la simpatía y á la correspondencia en la amistad. El rey le debe un cariño entrañable, y sus hijos mucho mas: idolatra con especialidad al Carlitos, en quien reverencia el noble retoño de dos casas soberanas, y tambien creo que soy partícipe de su afecto. Principalmente desde que la suerte con sus reveses nos ha reunido, me ha dado muestras muy patentes de su aprecio. En fin, si hay alguno que pueda esponerle la proposición de Vd., y quizá tener la esperanza de hacérsela aprobar, soy yo sin duda. Le prometo á Vd. mis zelosos desvelos: se trata de la salvación de la Francia,

del honor de mi hermano y de la dicha de sus hijos; ¿qué no haré yo por conseguirlo? — Me separé de la virtuosa Isabel, penetrado de respeto y de admiración, y nos reunimos. La conversacion fué general por un momento, y luego, habiéndonos hecho Manuel una seña, ofrecimos de nuevo nuestras atenciones á los presos, y nos despedimos.

Antes de separarnos, el síndico me previno, que el dia siguiente se debía celebrar junta, para acordar los medios mas poderosos y capaces de reducir á Luis xvi. Aunque tenía cita con Toulan, como era á hora diferente, prometí el acudir á la calle del Arbol seco.

Al llegar á casa, nos encontramos con varias cartas. Había una de Irlanda, de letra de lord Fitz-Asland, padre de mi alumno. Edwino la abrió arrebatadamente; pero apenas leyó los pri-

meros renglones, le vi pálido, y que para no caer desmayado, se sentó en un taburete. Luego se puso en estremo encendido, y vertió muchas lágrimas, que quería encubrir tapándose la cara con las manos. Sobresaltado con aquella novedad y temeroso de saber su causa, no acertaba á darle ningún auxilio ni consuelo oportuno. No me atrevía á recoger la carta fatal, que estaba abierta á mis piés; pero tomándola luego él mismo con viveza, y dándomela á leer: vea Vd., dijo, cuán desgraciado soy. — Sin soltarle la mano recorri la carta, que decía:

Lord Fitz-Asland á su hijo, Paris.

«Dublin 27 de agosto de 1792.

Paris no es ya una morada habitable para tu digno ayo, ni para ti, amado Edwino. La turbulencia reina, y acaso

la mortandad: yo no vivo desde las horribles noticias del 10. Si me amas, parte al recibo de esta, deja el teatro de la desolacion, y ven al regazo de tu familia, á esperar que la bonanza....»

Cómo? me dijo mi alumno levantándose, y ¿lee Vd. todo eso tan friamente? — Pero, querido, hasta ahora no he visto motivo para acalorarse. — No lo ve Vd.? pues no ve Vd. que mi padre me llama? — Y qué hay con eso? — Qué hay? que esa orden es mi sentencia de muerte. — Edwino, espíquese Vd. — Ay Dios! no me ha entendido Vd.? — No por cierto: qué hay pues? — Lo que hay es que su alumno de Vd. está perdido, si sale de Paris. — Repito que no le entiendo á Vd. — Fitz-Asland cogiéndome entónces las manos, estrechándolas, y mirándome con ojos llorosos: Ah, mi amado ayo! me dijo sollozando, ¿por qué me ha llevado Vd. al Temple? — Edwino, qué

es lo que está Vd. diciendo? — Que quisiera no haber estado jamas, ó, añadió con la espresion mas tierna, permanecer allí toda la vida. — Cielos! qué es lo que oigo!

Entónces me tocaba el papel del desconsolado. Estuve algunos minutos inmóvil, cabizbajo, mirando sin ver, y sin hacer alto en mi alumno, que se paseaba aceleradamente, ó se paraba para pedirme mil perdones: en una palabra, estaba embargado en un laberinto de ideas lóbregas y contradictorias.

Pasado el primer momento, empecé á volver en mí, con la reflexion de que una sola vista no habría podido causar un estrago irreparable; que era verosímil que Edwino equivocase con los impulsos del corazon la conmocion de sus sentidos, la cual era mas fuerte por ser la primera; y que suponiendo que un afecto tan profundo como tierno

hubiese nacido en su alma, se debía presumir que no era correspondido, y que por consiguiente se apagaría por faltarle el pábulo del mutuo cariño.

Pero ¿cuál de las tres princesas se lo había infundido? Por mis sospechas debía ser Antonieta, cuyo embeleso, acostumbrado hacia tiempo á los triunfos, encontraba, segun decían, un idólatra en cada hombre; y había advertido, como he manifestado, que su atractivo, mas y mas engreido con la misma opresion, se había humanado con Edwino. Sin embargo, el decoro magestuoso de Isabel había podido interesarle, ó en fin podía tambien haberle cautivado el recato virginal de María Teresa. Ansiaba desengañarme, á fin de motivar fundadamente los consejos que como amigo debía darle. Su respuesta se vino á reducir á la siguiente.

Quiero, amado ayo, corresponder